

de su boca divina bajo forma de parábolas y de ejemplos, y su palabra convertía así en templo el mercado más vulgar.

Un día, que se dirigía paseándose hacia un lugarcito con uno de sus discípulos, vió relucir alguna cosa en el camino : era un fragmento de herradura. Y dijo á san Pedro : « Recoge ese pedazo de hierro. » San Pedro tenía otra cosa en la cabeza, y mientras andaba, iba revolviendo en su mente ciertos pensamientos que se referían al modo de gobernar el mundo, como sucede á cada uno de nosotros de tenerlos á veces; ¿ pues quién puede limitar el trabajo de la mente? Pero esa clase de ideas le gustaba mucho y el hallazgo le pareció cosa de muy poca importancia. Pase si hubiera sido un cetro ó una corona... ¿ Pero una media herradura, valía la pena de agacharse? Siguió pues andando é hizo como si no hubiera oído.

Nuestro Señor con su paciencia habitual, recogió él mismo el pedazo de hierro, y siguió él también su camino sin hacer muestra de nada. Cuando alcanzaron el pueblo, se paró delante de la puerta de un herrero y se lo vendió por tres maravedises; después cruzando el mercado, percibió muy hermosas cerezas; compró de ellas tantas y tan pocas cuantas se pueden dar por semejante precio; y se las puso dentro de la manga sin más explicación.

Luego salieron por una puerta que llevaba á campos y llanuras donde no se columbraban ni árboles ni casas; el sol estaba en su fuerza y el calor era grande. En semejante caso, mucho daría uno por un poquito de agua. El Señor iba delante, y como por descuido, dejó caer una cereza. San Pedro se dió prisa en recogerla como si hubiese sido una manzana de oro, y con ella se refrescó el paladar. Nuestro Señor, después de corto rato, dejó rodar por el suelo otra cereza. San

Pedro se agachó al instante para recogerla, y el Señor volvió varias veces á hacerle hacer la misma cosa. Después de algún tiempo, el Señor le dijo con una sonrisa : « Si tú hubieses sabido agacharte cuando era menester, no tendrías ahora tanto trabajo : el que teme molestarse por poca cosa mucho se agitará por mucho menos. »

### EL BARDO.

« ¿ Qué es lo que oigo allá, en la puerta? ¿ quién canta sobre el puente levadizo? Es preciso que esos cantos se acerquen á nosotros y resuenen en esta sala. » Así dice el Réy y un paje echa á correr; vuelve el paje y el Rey grita : « ¡ Qué hagan entrar al anciano!

— ¡ Salud, nobles señores, salud también hermosas damas : veo aquí el cielo abierto, estrellas sobre estrellas! ¿ Quién podría nombrarlas? Mas en esta sala toda llena de riqueza y de grandeza, cerraos, ojos míos, que no es el momento de admirar. »

Cierra los ojos el bardo y su poderosa voz resuena... Los caballeros levantan ojos encendidos; las damas bajan sus dulces miradas.

El Rey complacido, manda á buscar una cadena de oro para recompensar tan hermoso talento.

« ¡ Una cadena á mí! dadlas á vuestros caballeros que rompen las lanzas enemigas, dad á vuestro chambelán esa carga preciosa para que la añada á las que lleva ya.

« Yo canto como canta el ave en la enramada; que sonidos melodiosos salgan de mis labios, esa es mi recompensa; sin embargo me atreveré á hacer os una súplica, una sola : que me den vino en la más hermosa copa, una copa de oro puro. »

Aproxima la copa á sus labios, bebe : « ¡ Oh licor dulce y refrescante ! ¡ feliz la casa en donde semejante don es poca cosa ! ¡ Pero en la dicha, acordaos de mí !... Daréis gracias á Dios con el mismo gusto que tengo yo en daros las gracias por esta copa de vino. »

### EL REY DE TULEA.

Balada.

Había un rey de Tulea que fué hasta la tumba fiel á su amiga y á quien donó ésta al momento de morir una copa de oro.

No se separó más de esta copa ; le servía en todas sus comidas, y cada vez que en ella bebía, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Y cuando sintió que se acercaba su hora, contó sus ciudades, sus tesoros, y los abandonó á sus herederos, pero se quedó con la copa querida.

Sentóse á su mesa real, rodeado de sus caballeros en la sala antigua de un palacio que lamía la mar.

Después levantóse, apuró el vaso sagrado por la postrera vez y lo arrojó á las olas.

Viólo caer, llenarse, desaparecer, y de repente se apagaron sus ojos... ¡ Y después, no bebió más una sola gota !

### LOS MISTERIOS.

Pareció la mañana, y sus pasos ahuyentaron el dulce sueño que blandamente me envolvía ; me desperté y salí de mi apacible habitación ; me dirigí hacia la montaña con el corazón rejuvenecido. Á cada paso,

flores brillantes, inclinando la cabeza bajo el peso del rocío alegraban mi vista ; el día nuevo se apoderaba del mundo con arrebató, y todo se reanimaba para reanimar mi alma.

Y mientras yo trepaba, una niebla se desprendió de la superficie del río, de la pradera, y se separó en listas cenicientas. No tardó en elevarse, se espesó y revoloteó en derredor de mí. Entonces desapareció la hermosa perspectiva que me encantaba : un velo sombrío cubrió el campo, y yo me quedé como sepultado en las nubes, como aislado en el crepúsculo.

De repente pareció que el sol rasgara la nube ; un dulce rayo la dividió y pronto se esparció victorioso, en derredor de los bosques y de las colinas. ¡ Con qué placer saludé la vuelta del sol ! me parecía más hermoso después de haber estado oscurecido, y su triunfo no se había todavía cumplido que ya me deslumbraba su gloria.

Una secreta potencia devolvió la fuerza á mi alma, y volví á abrir los ojos, pero no pudo ser más que una mirada furtiva, pues el mundo me parecía ser sólo llamas y resplandor ; después una figura divina revoloteaba delante de mí entre las nubes... Nunca he visto lineamentos más graciosos. Ella me miró y se detuvo blandamente mecida por la brisa.

« ¿ No me reconoces ? dijo ella con voz llena de interés y de confianza, no me reconoces, á mí que tantas veces derramé un bálsamo celeste sobre las heridas de tu alma ; que te he unido á mí por lazos eternos, que he ido estrechando más y más ? ¿ No te he visto derramar lágrimas de amor, cuando niño todavía me perseguías con tanto ardor ?

— Sí, exclamé cayendo de alegría á sus pies, ¡ cuántas veces he experimentado tus beneficios ! ¡ Muchas veces

me has concedido la consolación y el descanso, cuando todas las pasiones de la juventud se disputaban mi cuerpo y mi vida! Cuántas veces, en esta estación ardiente, has refrescado mi frente con tu divino aliento, me has colmado de los más preciosos dones, y de ti espero todavía toda mi felicidad.

« Yo no te nombro, pues te oigo nombrar por muchos que dicen que eres suya, todas las miradas se dirigen hacia ti, pero tu resplandor hace bajar casi todos los ojos. ¡Ay! cuando yo también me extraviaba, muchos rivales tenía; desde que te conozco, estoy casi solo. Pero es preciso que dentro de mí me felicite de semejante dicha, y que esconda cuidadosamente la luz con que me has alumbrado. »

Ella se sonrió y dijo: « Tú ves cuánto es necesario que yo no me manifieste á los hombres sino con prudencia; tú mismo eres apenas capaz de evitar la más grosera ilusión, ¡ apenas dominas tus primeras voluntades, y ya te crees más que un mortal y te indignas contra tus deberes de hombre! ¿ Por qué pues, te distingues de los demás? Conócete á ti mismo y vivirás en paz con el mundo.

— Perdona, exclamé, confieso mi culpa. ¿ Por qué he de tener en vano los ojos abiertos? Una voluntad franca anima todo mi ser, conozco al fin todo el valor de tus dones, de aquí adelante quiero ser útil á mis semejantes, y no cegar el manantial que ha apagado mi sed: ¿ por qué pues habré abierto sendas nuevas si no he de indicarlas á mis hermanos? »

Y yo estaba todavía hablando, cuando la diosa me echó una mirada de compasión, yo procuraba leer en ella lo que habrían tenido de equivocado ó de vano mis palabras: ella se sonrió y me tranquilizó; nueva esperanza entró en mi corazón y pude acercarme á ella con

mayor confianza para contemplarla de más cerca.

Extendió la mano á través de las ligeras nubes y del vapor que la rodeaban, y lo que quedaba de niebla acabó de disiparse; mis ojos pudieron nuevamente columbrar el valle, el cielo estaba puro... La divina aparición se mecía sola en los aires, y su transparente velo se desarrollaba en mil pliegues.

« Te conozco, conozco tus flaquezas, sé también todo lo que hay de bueno en ti. » Tales fueron sus palabras que siempre me parecerá estar oyendo. « Escucha ahora lo que tengo que decirte; es preciso que no te vuelvas ufano de mis dones, sino que los recibas con ánimo tranquilo: del mismo modo que el sol disipa las nieblas de la mañana, así sola la verdad puede arrancar el velo que cubre la belleza de las musas.

« Y no lo arrojéis al viento, ni tú ni tus amigos sino durante el calor del día; entonces, la brisa de la tarde os traerá el fresco y el perfume de las flores, entonces caerá el viento de las pasiones humanas, nubes ligeras refrescarán los aires, el día será puro y suave será la noche. »

Venid en busca mía, amigos, cuando el peso de la vida os parezca demasiado pesado; y la prosperidad derramará sobre vosotros sus flores brillantes y sus frutas de oro, y nos adelantaremos todos juntos hacia un día nuevo; así la felicidad acompañará nuestra vida y nuestro viaje, y cuando llegue el fin, nuestros últimos nietos, mientras llorarán por habernos perdido, gozarán todavía de los frutos de nuestro amor.